CAPITULO X

Que trata de la correría de D. Quijote á orillas del Manzanares y de su entrada en Madrid y Paso Honroso en que venció á Suero de Quiñones.

Cubierto D. Quijote de su armadura con ayuda de Panza y caballero sobre Babieca, acompañado de su servidor, quiso antes de hacer su triunfal entrada en la Corte recorrer aquellas cercanías, donde había visto tantos tendederos que le parecieron tiendas de campaña de algún ejército acampado.

Repara, dijo á su escudero, ese gran campamento que á orillas de ese río se extiende; mira cuánta bandera al viento desplegada; observa qué inusitado movimiento de gentes, que parecen ser legiones de amazonas. Sin duda aquellas que Astolfo dispersó con su trompa hánse reunido y cayeron sobre esta ciudad, poniéndola sitio con lo que amenazan pasar á cuchillo á sus moradores. Míralas como enjambres rodear esas riberas y hasta se diría que construyen puentes, para pasar y dar el asalto.

Señor, respondió Panza, que entre las sombras de la noche viera Usía ejércitos y legiones pase, porque es cosa de ilusión de los ojos entenebrecidos; pero que ahora con el claro día quiera Usía que yo los vea también, es inútil empeño. Esos campamentos son lavaderos y tendederos, y esos ejércitos de amazonas son grupos de lavanderas, que á las linfas de ese río ponen blancos como copos de nieve los trapos sucios de la Villa.

Eso fingen, interrumpió D. Quijote; pero es artificio de esas mujeres crueles, para dar más sobre seguro el asalto. No dudes que son ama-

zonas de esas que pelean como furias y que, apenas tiendan los puentes de tablas que construyen, caerán con estrépito sobre ese pueblo desprevenido. Vamos hacia ellas y deshagámoslas, poniéndolas en precipitada fuga, y así entraremos como libertadores en esa Troya sitiada.

Y sin esperar á otras razones dirigió á Babieca sobre el primero y más cercano grupo, mientras Panza, según lo ofrecido á su mujer, se quedaba de espectador de aquel lance.

¡Alzad ese sitio y asedio, gritó D. Quijote con toda la fuerza de sus pulmones, y retiráos con vuestro ejército de orillas de este río; que si no un solo caballero os pondrá en fuga!

El grupo de lavanderas, que vió la singular figura del jinete y que creyó que el requerimiento que les hacía era que levantasen sus tendederos y se marcharan, empezó á gritar desaforadamente contra la medida, pensando que la orden provenía del Alcalde de Madrid y que aquel sería algún nuevo ordenanza de á caballo, de que se valía la autoridad.

A los gritos y denuestos acudieron sus compañeras y en toda la orilla del Manzanares se armó el tumulto consiguiente; pero como Don Quijote insistiera en que levantaran el campamento aquel y se retirasen del río, fueron todas á una contra él y con piedras, palos y cañas y demás armas naturales esgrimibles ó arrojadizas, le acometieron y le derribaron y le vapulearon y formando una legión detrás de una bandera improvisada, entraron en la ciudad, dirigiéndose hacia la Alcaldía, á pedir la revocación de la orden que tanto perjuicio les ocasionaba.

Quedó D. Quijote molido en el suelo, con Babieca tendido cerca, y Panza cuando vió despejado el sitio acudió en socorro de su amo, al que levantó exclamando:

¿No se lo decía yo, Señor mío, que no se metiera con esas mujeres, que como decía mi tatarabuelo Sancho, para sopa de arroyo y tente bonete no hay arma defensiva en el mundo? Vea Usía lo que ha ganado con querer hacerles levantar el fingido campamento, que no es más

que una porción de lavaderos y tendederos, en que se buscan la vida.

Calla, Panza, respondió D. Quijote, que estas tales son vueltas de la fortuna, que ninguno las puede huir, y en esto de la guerra no siempre se ha de llevar la mejor parte. Así como así, no puedo avergonzarme de mi derrota: porque no se trata de paladines armados caballeros, sino de esa horda de mujeres, á las que hubiera sido vituperable atravesar á lanzadas. Manos blancas no ofenden, lo que quiere decir que golpes y molimientos de hembras no causan deshonra. Apresúrate á levantar á Babieca y ayúdame á montar sobre él, que por lo que veo ese ejército de furias ha penetrado ya en la Ciudad como me temía y en este instante estará degollando á todos sus moradores.

Cuando D. Quijote se disponía á echar tras ellas, fuese de la caída y sacudimientos sufridos ó natural efecto de la sortija tragada, sintió un nuevo y agudísimo dolor de tripas que le hizo desistir de su propósito.

Regístrame, Panza, dijo echando pie á tierra; que me parece que esas amazonas me han cortado por la mitad del cuerpo, según el dolor que siento, y ahora será ocasión de emplear los beneficios de aquel bálsamo de Fierabrás que te dije, para soldar mis dos mitades, y si no lo tienes á mano, busca por ahí un algebrista que me componga los huesos.

Lo que tiene Usía, respondió Panza, es el famoso anillo de Angélica que le está haciendo operación, y ahora, solos y sin ayuda de nadie, no sé qué vamos á hacer para salir de este embarazo; que es la primera vez que veo embarazado á un varón de esa manera. Si en vez de reñir esa desgraciada batalla con esas amazonas, se hubiese estado neutral dejándolas hacer sus trabajos, alguna de ellas, que puede ser no algebrista, pero sí comadrona, hubiera venido en ayuda de Usía; mas ya que no, yo haré sus oficios y lo mejor será preparar á Usía un abortivo de aceite, que le arranque de las entrañas ese malhadado talismán.

Ve tú lo que haces, dijo D. Quijote, á quien aumentaban los dolores; que yo no estoy para nada, ni sé que caballero alguno se haya visto en este trance de necesitar comadrona.

Panza buscó en las alforjas, pero no había ni alcuza con bálsamo de Fierabrás, que aun no se había acordado D. Quijote de hacer, ni aun aceite de oliva siquiera; mas pensando que en la orza dispuesta por Pancica iban los pimientos en aceite, ideó escurrir éste de ellos, echándolo en una escudilla, y con él dar á D. Quijote el abortivo.

Así lo hizo en un santiamén y el caballero, deseoso de arrojar el anillo para no morir con él atravesado en algún orificio intestinal, bebió lo que Panza presentóle, abrasándose boca y entrañas; pues, habiendo estado en aquel aceite tan largo tiempo las guindillas, habíanle saturado, y el oleoso líquido ardía como sacado de una caldera de Pedro Botero.

¡Agua! Panza, gritaba D. Quijote con la boca abierta y los ojos extraviados; y Panza bajó á la orilla del Manzanares y llenó otra escudilla y dió de beber á su señor, que se retorcía de dolores; tanto que, anheloso de beber más y viendo como Tántalo el río tan cerca de sus fauces, se arrastró hacia él á ponerse tendido con la boca en la orilla, tan á punto que le sobrevinieron las náuseas y arrojó cuanto había comido desde que salió de la cripta, cayendo todo al río.

Serenóse D. Quijote y sintió aplacados sus dolores, y poco á poco se le pasó la quemazón del aceite picante, y entonces pensó cuán desventurado seguía siendo, pues la sortija, que había sentido salirle por el gaznate, había ido á parar al río, quedándose sin talismán.

No se apene Usía por eso, dijo Panza, que antes creo que con ese talismán nada ganábamos, sino exponernos á otro susto semejante: cuanto más que, en teniendo el yelmo aquel de tan fina alfarería, no puede ser vencido.

Así lo creo, respondió D. Quijote; y sin duda por no haberlo llevado puesto he sido derribado y maltrecho ahora; pero no desconfío de recobrar ese talismán también, porque suele acontecer á los caballeros perder un anillo que recibieron de la dama de sus pensamientos, por caer al mar en una borrasca y tragarse el anillo un

pescado, y luego, al cabo de veinte años, estar el caballero con su dama á la mesa, en suntuoso banquete, y preguntarle ésta por el anillo, y al referir el suceso de su pérdida, y ella dudar, creyendo que lo había dado á otra dama en sus correrías; y en esto traer los servidores un rico pescado á la mesa, cocido y aderezado, y porfiando el caballero que no había dado el anillo á otra alguna sino haberlo perdido en la borrasca del mar, al abrir el pescado, dar éste claro testimonio de ello, mostrando el anillo en el buche; con lo que la dama queda convencida y curada de sus celos y más amante del caballero que jamás. Ya verás como eso me acontece; que dentro de veinte ó más años algún pescado de estos del río me traerá el talismán á la mesa en que esté con Dulcinea.

Si es para esa larga fecha, dijo Panza, vaya con Dios; pero por ahora deje Usía al pescado que se lo trague y lo pasee por todos los ríos y mares del mundo, que no lo hemos de echar de menos.

Sintió Panza ganas de almorzar, y con permiso de su amo sacó de las alforjas lo poco y averiado que quedaba, y allí sobre el ribazo aquel se regaló, mirándole D. Quijote con envidia: pero sin probar bocado, porque aun sentía el estómago dolorido.

Babieca y la mula coja se esparcieron por aquellas orillas, comiendo lo que podían, y en tanto volvieron á sus quehaceres dispersas y más serenadas algunas lavanderas, sin reparar ya en aquellos dos que sesteaban sobre el ribazo, y que allá pasaron el día hasta que llegó la tarde, en que se pusieron en marcha.

¿Ves ese puente, dijo D. Quijote á Panza, señalándole el de Toledo, bajo cuyas arcadas el río corre y por donde se pasa de una á la otra orilla? pues apostaría á que allí me espera aquel caballero del Paso Honroso llamado Suero de Quiñones, que sabiendo mi llegada desea medir su lanza conmigo. Pero á él y á los caballeros que le acompañan les demostraré que yo solo fuerzo la entrada, arrollándolos, y así tomaré desquite de la derrota sufrida con las amazonas: porque no se diga que entro en tan populosa ciudad vencido y humillado.

No creo que haya en Madrid caballeros que se entretengan en disputar el paso de ese puente, respondió Panza; porque nada ganarían con esos empeños y peligros; pero, si los hubiera, sería mejor evitarlos y tomar por otra parte: porque, si nos detenemos á pelear con todos los que hallemos al paso, vamos á llegar á Andorra tan viejos y decaídos, que ni á Usía le quedarán fuerzas para su conquista, ni á mí ganas para su gobierno. Recuerde Usía aquello del árabe, que no pudo llegar á la Meca porque se paraba á pegar á todos los perros que le ladraban; no le imite, y vamos á la Meca derechos, y si es fuerza pasar por Madrid, pasemos pronto y deprisa: que yo imagino que ahí nos aguardan mayores entorpecimientos y desventuras.

¿Torcer yo por otro lado, para huir del peligro? ¿Cuándo viste de mí cosa semejante? replicó D. Quijote. ¿En qué capítulo ó renglón siquiera de esa misma desfigurada historia de mis hazañas, escrita por aquel moro burlador de mi gloria, se dice ni apunta nada de esto? ¿O es que tú crees que en trescientos años he podido mudar de genio y de condición? Dígote que ese que vemos es el puente de Orbigo, y que aquellos que allá se divisan en la entrada de él son el famoso caballero Suero de Quiñones, con los otros nueve que le ayudan; el cual caballero tiene propuesta la empresa de disputar el paso á todos los que por ahí han de ir á Santiago de Compostela, para librarse del juramento que hizo á su dama de llevar al cuello todos los jueves una férrea cadena; y por cierto que ya lleva setenta y ocho caballeros vencidos y seiscientos veinte y siete encuentros; pero, en este que hace el seiscientos veinte y ocho, toda su gloria se ha de obscurecer y acrecentarse la mía; que la gloria no es cosa que entre caballeros se disipa y anonada, sino que pasa de unos á otros y en el más valeroso y firme se suma y acrecienta.

¿Pero de qué tiempo ó época es ese caballero que sólo Usía se acuerda de él, y yo no lo he oído mentar en mi vida? preguntó Panza. Porque,

para que haya memoria de su nombre, habiendo estado Usía trescientos años dormido y despertado ayer mañana, debe ser ese guerrero ya muy viejo; casi tanto como nuestro padre Adán, y no será gran hazaña vencerle ahora, que estará decrépito y temblón.

Ese esforzado caballero, dijo D. Quijote, es del tiempo del Señor Rey D. Juan el Segundo, y está ahí desde el año 1434 de la era cristiana.

¿De modo, exclamó Panza, que además de los que contara cuando comenzó su empresa, le han caído encima cerca de seiscientos años?

Esa es la cuenta, respondió aquél, pero no te espantes, ni creas que por ello han decaído sus fuerzas, ni disminuído su valor; porque trescientos años han llovido sobre mí y ya me ves cuán fuerte y lozano me hallo.

Va diferencia, dijo Panza, porque Usía se los ha pasado durmiendo y el sueño dicen que alimenta y mantiene á la persona; mientras que el de que habla Usía se los habrá pasado en vela sobre esa puente, y no los trescientos, sino el doble, con su caballo y sus nueve acompañantes, y yo le digo que el mismo Matusalén hubiera venido á dar con la boca en el suelo en tan largo tiempo; de donde colijo que ni ese es Suero de Quiñones, ni ese el puente de Orbigo, ni por ahí se va á Santiago de Compostela, ni Usía ve las cosas como son, ni yo seré más Emperador de Andorra que el hi.... de mi padre.

Todo lo has de ver con tus mismos ojos, respondió D. Quijote; porque así que presencies cómo le arremeto y cuán bien se defiende; qué espantoso choque tenemos; cómo saltan en pedazos las lanzas y echamos mano á las espadas, y el trabajo que me cuesta derribarle de un golpe que suene como dado en el yunque de Vulcano, te persuadirás de que, por otras artes de encantamiento semejantes á las mías, ha podido ese noble caballero aguardarme ahí esos seis siglos, para darme ocasión de derribarle y de entrar victorioso en esa grande y populosa ciudad; que en esos seiscientos años se ha formado sin duda de los muchos curiosos que han acudido á presenciar la batalla, y que han tenido que esperar ahí á la otra orilla del río, y alzar casas y viviendas para albergarse, con todas sus generaciones. Considera, pues, que todos están esperando ansiosamente el desenlace de esta aventura, y que sería cobardía retroceder y además engaño y defraudación los que haríamos á tantas gentes.

Conforme hablaba D. Quijote, iba empujando á su palafrén con la espuela, y Panza seguía á su lado con su mula, y así fueron aproximándose á la entrada del puente, donde aquel imaginario Suero de Quiñones, que no era sino un fiel de consumos, estaba con sus acompañantes, ó sea con otros cinco ó seis empleados que constituían el registro, y que llevaban pinchos con que penetrar lo escondido que en cargas de carros y caballerías podía haber y querer los traginantes pasar de matute; y como era ya bien obscuro y se encendieron todas las luminarias de la ciudad, creyó D. Quijote que todos los que en los seiscientos años habían acudido á ver aquel lance del Paso Honroso, encendieron antorchas presurosamente, para iluminar el campo de batalla y no perder de vista detalle alguno del encuentro y acompañarle después de la victoria con aquellos hachones de cera hasta el mejor palacio de aquella metrópoli; así que, orgulloso de tanto aparato y seguro de su triunfo, poniéndose á la entrada del puente muy gallardo, cubierto con el escudo, lanza en ristre, y á pesar de los ruegos y súplicas de su escudero, retó al imaginado Suero de Quiñones y á todo su acompañamiento, diciendo así: «caballeros soberbios, agora veréis quién soy», y cargó sobre ellos y derribó á dos por tierra, uno con la lanza y otro con el ímpetu de Babieca, y Panza tuvo que espolear también á su mula, que sintiendo un pinchazo sacudió varias coces á los caballeros enemigos, y tal fué la confusión de éstos, que D. Quijote pasó el puente con Panza, y en sendas caballerías entraron á galope en el barrio más próximo, agolpándose en el sitio de la refriega tal multitud, que los consumeros, entre el gentío no supieron por dónde habían escapado aquéllos que parecían almas del otro mundo.

Quedaron inciertos y confusos los empleados

del registro; llegaron tarde como siempre los guardias del Municipio, para tomar averiguaciones; hiciéronse mil comentarios sobre el caso por los corros de husmeadores, curiosos y desocupados, golfos y chulapas que por allí pululaban, y miéntras D. Quijote y Panza habían entrado á la ventura por una calle estrecha, sucia y mal alumbrada de los extremos del barrio aquel, procurando Panza ocultar á su amo y él huir también de ser descubierto, como cómplice de aquella fechoría.

En esto vió el escudero que un hombre se le paraba por delante y se abrazaba al cuello de la mula, y el miedo que tenía le hizo creer que ya estaba preso de la justicia, con más rigor y menos fortuna que en Villacañas; mas, oyéndose llamar y saludar por su nombre, reparó y vió que el que tal hacía era aquel amigo suyo de su pueblo, que fué guarda de los Reales sitios de Aranjuez, y que vivía allí próximo, al reparo de un pleito que tenía en las Salesas, sobre una herencia que le llevaba consumidos todos sus ahorros.

Alegróse Panza; paróse D. Quijote á los requerimentos de su escudero, y el ex-guarda de Aranjuez ofreció en su casa albergue á entrambos, diciéndoles que las caballerías podían ir á una posada de al lado y que lo único que sentía era no poder dar á Panza y á su amo buen alojamiento ni cena; pero que compartiría con ellos lo que tuviese, ya que vivía solo, porque su mujer había muerto hacía un año de pena de ver las muchas dificultades que les ocasionaba aquel largo pleito.

Ofrecióle D. Quijote que él acortaría los términos del litigio, porque se enteraría de la justicia que le asistiera y como fuera exacta y cumplida él haría de grado ó por fuerza á los Sres. Jueces y Oidores que no la entretuvieran más y la hicieran pronta y acabada, y sorprendido el ex-guarda más que por las palabras por la figura y armadura del caballero, creyéndole algún militar que vendría á estudiar algún punto estratégico de aquel barrio y que tendría influencia con el gobierno y con la gente de alto copete, se deshizo en palabras de gratitud

con él, y se le puso al estribo hasta que llegaron á la humilde casa.

Allí entraron incontinenti, y mientras Don Quijote en la alcoba única se despojaba de su casco y se tendía medio desmayado del ayuno y las fatigas de la jornada, puesto el corazón en Dulcinea y orgulloso de haber vencido al gran caballero Suero de Quiñones y á todo su séquito de paladines, Panza contó á su amigo la peligrosa aventura corrida, y supo por él que aquellos caballeros del puente eran guardas de consumos sin duda; con lo que se le hizo un nudo en la garganta, pero el ex-guarda le tranquilizó diciéndole que allí estaban seguros de todo riesgo, y que él les tendría y ocultaría hasta que averiguase si habían resultado heridas ó contusiones graves de la refriega y se tomara en su vista otra determinación.

Partióse la cena del ex-guarda entre los tres; acomodóse á D. Quijote en la cama única de la alcoba, y Panza y su amigo durmieron sobre un jergón, que éste tenía de repuesto y con una manta encima, como dos buenos camaradas.